

Efectivamente, como le sucede al viento en los intervalos entre sus ráfagas y como le sucede al Océano en las calmas precedidas del huracán y de la tormenta, los llegados á la puerta del palacio de Antonia, donde se hallaban Agripina y Vitelio, habían enmudecido, por lo cual sembraban más terror en torno suyo y aparecían como más amenazadores y más terribles que antes cuando vociferaban á una con tanto estruendo, pues parecían desahogados y descargados de sus cóleras con todos los clamores y concentrados en sí mismos ahora para luego acometer con una mayor violencia. Lo cierto es que los dos interlocutores se miraban uno á otro y no sabían qué hacer. Sin embargo, sus dos temperamentos respondían al peligro con esa lógica de las complexiones internas que nunca se desmiente, pues mientras parecía hombre por sus varoniles afectos Agripina, parecía, por lo asustado y trémulo, como la mujer más tierna y más espantadiza, el pobre Vitelio. Así decía éste:

— ¿Qué hacemos, Agripina?

— Pues ¿qué quieres que hagamos?

— No podemos esperar á esa gente.

— Como no quieras que la tierra nos trague, habremos de aguardarles.

— Yo huiría, si estuviera en tu pellejo.

— Pues como es Agripina quien está en el pellejo que tú dices, no huirá, no, Agripina.

— ¡Buena la hacemos!

— Mira, Vitelio, para huir del emperador hay que huir del Imperio, y para huir del Imperio hay que huir del mundo, y para huir del mundo habría que tener la virtud misma de Orfeo y que bajarse á los abismos. Así me parece lo mejor que nos quedemos, y venga cuanto los dioses quieran enviarnos, Vitelio.

— Pues yo creo que hacemos pésimamente.

— Si quieres, ya puedes huir. Por esa galería se llega pronto hasta una puerta que sale al campo, y por esa puerta que sale al campo se puede uno refugiarse en cualquier asilo que le preserve al odio de Nerón. Vete, pues, Vitelio, vete. Que los dioses te guíen. Vete solo.

— Eso no, solo no me voy — dijo Vitelio ruborizado de valer menos que Agripina, volviendo por el honor de su sexo.

— Pues, no queriendo irte solo, hay que aguardar aquí la tormenta.

— Lo que tú mandes.

— Quien no debe, no teme. Levanta, Vitelio, bien erguida la cabeza y desafía con entero valor las cóleras del cielo y del mundo.

— Lo que tú quieras.

— ¡Esclavos! — gritó Agripina con todas sus fuerzas.

— ¡Agripina! — dijeron los esclavos, respondiendo á su vez.

— Abrid las puertas.

— ¡Dioses! — exclamó Vitelio, poniéndose tras Agripina como un chicuelo asustado. — ¿Qué será de nosotros?

Las puertas se abrieron y entró la multitud, más asustada de verse ante la emperatriz que la emperatriz de verse ante la multitud. Con efecto, los que allí entraban retrocedieron, ó por lo menos se pararon ante la majestad de aquella mujer. Mientras entraban, se irguió hasta crecer en estatura y se ciñó toda su majestad. La frente minutos antes arrugada y ceñuda, tomó toda su nativa transparencia. Los ojos fulguraron, como si en vez de hallarse circuida de implacables enemigos, estuviese sobre aras y altares. Aquella fascinación ejercida de antiguo sobre los menos fascinables aún duraba en ella. Puesta de pie como sobre un pedestal, cruzada de brazos, majestuosa de actitud, airadísima sin provocación, desdeñosa sin menosprecio, altiva sin soberbia, con la seguridad en el rostro convertido á trasunto de un alma que no creía verse perseguida por la muy simple razón de que su conciencia no le argüía por cosa ninguna de aquellas que los mortales generalmente juzgan crímenes terribles, nunca jamás como en aquel supremo instante había parecido Agripina una diosa, y sus criados y sus siervos aquellos mismos que iban allí con ánimo de ofenderla é insultarla. Era efectivamente muy temerario lo que hacían aquellas gentes. Dado el poder mágico de Agripina y la complexión cambiante de Nerón, cosa ninguna tan fácil y hacedera como que aquel hijo, libre y desasido del mirar imperioso de Agripina, tornase á verla, y viéndola, cayese de nuevo á sus plantas rendido y se sometiese á su voluntad soberana. Mas en cosa ninguna se conoce tanto la vileza del adulator y del cortesano como en ese horrible hábito de abandonar el poder y la fortuna en cuanto cree que pueda sufrir cualquier ligero eclipse.



En muchos de los circunstantes dominaba una emoción de terror, no vencida ni aun siquiera por la curiosidad. Habían oído tales cosas de aquella mujer, que sentían hacia su persona esas atracciones misteriosas que se sienten hacia los abismos. Imaginaos el cambio de afectos que se establecería entre los tumultuados y la emperatriz al verla tan desdeñosa de suyo á ella y verse á sí mismos tan bajos. Ella subía en el concepto de los que la amenazaban, y ellos descendían, no tanto á los ojos de los demás, cuanto á sus propios ojos, el peor de los descensos. Allí estaban los libertos de la emperatriz que mil veces le habían servido de instrumentos para los mismos planes que ahora le querían echar en cara; estaban los espías y los delatores soltados por ella para que mordieran á innumerables víctimas; estaban los cortesanos que le quemaron incienso y más incienso sin descanso; estaba la guardia germánica que parecía como el cuerpo y organismo del alma de aquella mujer; estaban los pretorianos que habían cambiado el aspecto de Roma con sólo una señal de los dedos de aquella mujer; estaba Séneca, el mismo Séneca, restablecido por ella en el palacio, devuelto á la ciudad, colmado de honores y de riquezas, puesto en el trono casi al nivel de Nerón mismo, y presente con cinismo, bien opuesto á la escuela estoica que presentaba, para herir él mismo y ver cómo los demás herían á su providencia.

— ¿Qué deseáis de mí? ¿Por qué presentarse ahora en ese tumulto, que huele á cruellísimo desacato, impropio de funcionarios romanos, á quienes la conciencia propia y el deber honesto imponen otro género de procedimientos para con la mujer á quien acaso deben el aire por sus pechos respirado y la luz recogida por sus ojos? Da la vida quien, pudiendo matar, no mata. Y como á todos he podido yo mataros, y todos vivís, quiere decir que todos aquí estáis obligados á la emperatriz Agripina y todos tenéis el deber de quererla y reverenciarla, en vez de intentar herirla con esa irrupción aquí en tropel, amenazadora para mí é impropia de súbditos. Hablad, ¿qué me queréis? No tengáis por más tiempo en esta incertidumbre á la mujer adorada por vosotros ayer mismo como una verdadera diosa. Os mando que me digáis á cuál objeto venís con esa inquietud irreverente y habréis de responderme. Yo lo mando y lo digo ahora con toda mi autoridad, la cual no se ha dis-

minuído un ápice, á pesar de las apariencias. Decidme qué os ocurre. Contadme para qué habéis venido. ¡Pronto, pronto, pronto! ¡Hablad! Os lo manda vuestra emperatriz con imperio.

— Pues venimos — exclamó el prefecto de los pretorianos, — expedidos por el emperador; que de otra suerte nunca nos atreveríamos á presentarnos y menos á decir con los labios propios lo que realmente no ha brotado en el pecho nuestro, sino en aquel donde tu imagen aparece grabada con líneas indelebles de afectos y de recuerdos. Nerón ha querido descargar de tu peso de tantos deberes como te abrumaban, y consagrar á tu residencia este antiquísimo templo de vuestros comunes antepasados, á fin de que puedas cultivar la memoria de los que fueron y dirigir preces á las divinidades protectoras de vuestra prosapia y de vuestros hogares. Pero gentes mal avenidas con la grandeza del imperio y habituadas á una conjuración eterna, se han por aquí venido, y trastornando tu tranquilidad, impéldote contra tu grado á empresas y aventuras contrarias al propio bien que disfrutas y á la estrella que brilla sobre tu cabeza. Ya sabes que la delación en Roma constituye un medio de gobierno y



Soldado romano

que los delatores aparecen como fieles ministros del Estado. No se podría, según tu misma doctrina y tu mismo ejemplo, imperar en la ciudad sin tales auxilios y auxiliares. Ellos en el orden de las disposiciones políticas representan lo mismo que representan los testigos en el orden de las sentencias jurídicas. Así como sin testimonios y sin testigos no podrías descargar el golpe de la justicia común sobre los reos de delitos vulgares, no podrías sin delaciones y sin delatores perseguir á los reos de crímenes contra la seguridad y grandeza del Estado. Pues bien: los delatores te acusan de conspirar contra tu propio hijo, por quien te has desvelado siempre, y á favor



del patricio Rubelio Plauto, á quien por lado alguno puede la corona tocar y que no cuenta con un solo partidario ni en el ejército ni en el pueblo. No quiere Nerón de manera ninguna castigarte sin oírte. Nos mandó aquí á los dos primeros funcionarios de su imperio, á Séneca, su primer ministro y maestro, á mí, el primer prefecto de su pretorio, para que te arguyéramos de lo que dicen los delatores contra tu persona, y te demandáramos una justificación pronta y satisfactoria, sin la cual no podría menos de condenarte, siguiendo las mismas lecciones que tú le has dado, en las cuales de continuo le incitabas á no descuidar nunca la seguridad del imperio y proveer al cuidado que necesita con medios semejantes á los que usara el primer Bruto con su hijo en defensa y resguardo de la República. Estamos á tus palabras atentos: defiéndete de suerte que tus labios patenten tu inculpabilidad, pues lo contrario te impelería al último suplicio. Habla.

— Sí, hablo, más para satisfacerme á mí propia que para satisfaceros á vosotros y al cuidado que os envía. Bien conozco toda la utilidad intrínseca de las delaciones, porque sin ellas en vano pretendiera yo ahora justificarme; yo, víctima inmolada por una infame calumnia. Sé cuanto ha sucedido en todo esto y os lo voy á contar. Una gran muchedumbre de amigas del emperador, so pretexto de distraer y acompañar mi soledad, se han venido por aquí compungidas y llorosas como plañideras en duelos. Sabiendo que yo prefiero ser odiada siempre á compadecida, no me han vendido embusteras compasiones, olvidadas de que sólo podía yo encontrar en ellas una humillación vergonzosa, y que sus lamentos y suspiros me molestan ahora como nunca me molestaran sus ofensas y sus calumnias. Enemigas del emperador y enemigas mías intentaban sacarme del cuerpo secretos de Estado y cogirme con sustraidores señuelos en patente inconsecuencia con el amor al César de mi culto y al hijo de mis entrañas. Erguíase una cierta Silana sobre tamañas comadres, picada contra mí de mortal picadura, picada de la envidia. Y como yo disuadí al joven Afranio de su loco matrimonio con ella, diciéndole cuán fea, vieja y asquerosa es, me la tiene jurada, y tomando sin duda este palacio por mi cárcel ya y por mi suplicio la soledad en que ahora me veo, ha creído la infame tigre minuto propicio este para echarse violentamente sobre mi

cerviz y acabarme. Trabó primero amistad con la gran dama Domicia, también enojada conmigo, y entre las dos comenzaron á tejer la telaraña en que deseaban cogermé. Hablaron luego con un liberto de Domicia, con un pantomimo, de cuyas habilidades artísticas gusta Nerón mucho, y le juramentaron para las confabulaciones. Dada la voz del artista Paris, los medios de insinuación connaturales á su oficio, los gestos seductores, sus concertadas frases, no podía dudarse un momento de que fascinara el protervo al hijo mío, movido por las dos furias, y le condujese hasta desconocer á su madre al punto de mandarle una comisión como esta, para inferirle dos agravios, el de sus acusaciones temerarias y el de requerimiento é intimación para presentar excusas y hacer defensas. ¿Presentar excusas? De nada me acusa la conciencia interior. ¿Hacer mi defensa? Me declararía reo cuando soy juez. Conozco todo lo ocurrido como si lo hubiera presenciado. Yo sé cambiar de figura como los dioses. Nerón se holgaba en una orgía. Y en tal holgorio no podía faltar Paris, que lo abstrae de todo y le trastorna el seso con su mímica y con sus recitaciones. Llamósele, y Paris fué, pero triste, desceñido, flojo, presa de un dolor inmenso que no le dejaba respirar ni permitía el desahogo necesario á su voz para entretener y hechizar á su dueño. Las dos grandes damas habían á una compuesto aquella farsa; y el farsante, por su parte y á su vez, ensayádola con tal fidelidad que hubiérasela creído cosa real y evidentísima. Lloró con lágrimas de cocodrilo. Y cuando le preguntaron por qué lloraba, expuso la misma fábula por ti expuesta, con apariencia tal de verdad, que Nerón se levantó despavorido y mandó que al día siguiente ¡ay! me diputaran á mí esta comisión é infligiesen al inocente Plauto la última pena. ¿Y creéis que voy á defenderme yo de tal turba, compuesta por todos los rebujos y desechos de la sociedad? ¿Creéis que voy á reconocer yo fiscal de un proceso á una mujer como Silana, que malherida por haberla yo preservado al ridículo caso del casamiento desigual con un joven, me acusa de querer destronar á mi emperador y de querer sustituir con ser ajeno á mí el hijo de mis entrañas? ¿Qué cree Silana? ¿Cree que yo puedo cambiar de hijos y emperadores como ella cambia de amantes? Pero no me importan estas acusaciones: nadie se halla libre de una calumnia. Lo que mucho me importa, muchísimo, es



conservar intacta é intangible la dignidad heredada de los dioses y de los césares, no por mí, débil mujer; no por mí, por el hijo idolatrado mío, por ese hijo á quien tengo consagrada mi existencia, último fruto de un árbol cuyas raíces ahondan hasta el abismo de lo más profundo, y cuya copa frisa con lo más alto, con el Olimpo de los dioses. Por eso no quiero defenderme; porque, al defenderme, acusárame yo misma, cuando prefiero la muerte á esta complicidad tácita con mis embusteros é infames acusadores. Yo sólo puedo reconocer un juez: Nerón. Que venga; y con él solo habré de hablar yo, y con él solo habré yo de departir y entenderme. Vosotros, todos, sin excepción, me parecíis demasiado pequeños para que pueda yo bajar á vuestra pequeñez y demasiado alejados de mí para que pueda herir vuestra voz mi oído. Que Nerón venga inmediatamente á mi presencia. Se lo manda su madre, y á su madre obedecerá sin remisión y sin falta. Que venga, pues, Nerón.

— Sólo nos toca obedecerte — dijo tras todo esto Séneca, — y así comunicaremos á Nerón cuanto has dicho en excusa de lo imputado, y le diremos como deseas verlo en tu presencia y hablarle á solas.

— ¿Qué voz he oído? ¿Es la voz de Séneca? Me parece que sí. Frótome los ojos para ver si con verdad estás ahí entre los enviados á desacatarme y á perderme. Nunca lo hubiera creído, nunca. Parecíame que necesitaban del todo cambiarte para que pudieses tú atreverte al crimen de odiosa ingratitud que ahora perpetras, tú, predicador de todas las verdades y ejemplar de todas las virtudes. Proscrito de Roma, encerrado en una isla como se suele encerrar á las bestias, confiscados tus bienes, con la muerte siempre sobre tu cabeza y los esbirros, semejantes á sepultureros, en tu puerta, no hubieras podido salir de aquel naufragio en que zozobraban tu vida y tu honra, si esta mujer, á quien acusas ahora, no te hubiera tendido la mano y llevado á salvamento. Y tú, obligado más que ningún otro mortal á cumplir las obligaciones que las leyes morales nos imponen, careces de la más rudimentaria, de la gratitud sentida en los escalones ínfimos del reino animal por los mismos perros. Pavonéate con tus enseñanzas. Habla del supremo bien y de la verdad suprema enfáticamente. La historia sabrá como has cogido el cuchillo de sacrificador para quitar la vida sin piedad

á la bienhechora que arriesgó la suya por defenderte y por salvarte. Podrás oponer á estos actos las teorías que quieras; todas las desmentirá este momento increíble de olvido de ti hasta osar hablarme á mí como acabas de hablarme. Figuréme que llegabas en este rebaño de aduladores, los cuales me lamían los pies antes como borregos y ahora me clavan sus áspides ponzoñosos de víboras, porque sé toda tu vileza y la tengo experimentada de antiguo en mi propio ser, del cual te has alimentado toda la vida como de su escollo una ostra y con menos conciencia que una ostra. ¿Cuándo, cortesanos, cuándo hubierais guardado vuestras prerrogativas, si no las guardara esta mujer? A no estar yo tan vigilante, la República renaciera de su sepulcro; y á todos sin excepción los republicanos á una os hubieran desposeído de vuestros privilegios y de vuestros lucros. Y no digo nada de vosotros, pretorianos; de vosotros, que vivís bajo la sombra de un gobierno todo él fundado sobre vuestras lanzas y nutrido por vuestro poder y por vuestro prestigio, lo cual se os devuelve y paga en beneficios y provechos sin término. ¿Creéis que yo temo á vuestras lanzas? Yo he nacido en los campamentos y me he criado entre milites. Mis brazos tienen el vigor de las armas y mi pecho la resistencia del broquel. No me dais miedo. Yo debo sugeríroslo á los fuertes, porque consanguínea de los césares y descendiente de los dioses, aún quedan rayos en mi carcax para perseguiros y derribaros. Habéis venido á matar, y os volveréis en la seguridad completa de que vuestra horrible acción de hoy os condena tristemente á morir de muerte violenta. Yo soy vuestro monarca, y siendo vuestro monarca, tenéis que obedecerme, digan cuanto quieran todos los poderes y todos los potentados del mundo. Ahora bien: salid y comunicad á quien os ha enviado que no he querido defenderme y que le llamo y emplazo para que comparezca en mi presencia.

Los circunstantes, como si los moviera una máquina, obedecieron á la emperatriz y se tornaron al Palatino.